

ÁVILA, Remedios: *Lecciones de metafísica*, Edit. Trotta, 2011.

El ser humano es un *animal metafísico*. Y lo es porque habla; mejor: por ser lingüístico, porque en él el cuerpo —el cerebro— es de tal manera que la comprensión e interpretación de la realidad hace sitio a la dimensión del *sentido*, otra, aunque a ella remita, que la de la realidad, tomada ésta en su sentido más corriente, el de realidad física o positiva. El ser humano tiene un *físico metafísico*, que es lo mismo que decir que realidad y sentido, a veces distinguibles, son difícilmente separables.

Por ello, aunque no lo sepamos, ejercemos —y constantemente— la metafísica. De manera más gráfica: cada vez que distinguimos entre físico e intelectual, o fisiológico y psicológico, creyendo que con ello apuntamos a dos ámbitos *distintos y separados* del ser, estamos practicando el dualismo propio de la metafísica tradicional de Occidente. Mas no sólo entonces, que ya es bastante, sino cuando se reduce el valor de la enseñanza a la cuenta de resultados, cuando votamos a un partido determinado por el prurito de sentirnos reflejados en él, cuando el comentarista de tenis nos da explicaciones psicologistas del fallo o el acierto de un golpe, cuando los políticos destinan 5.000 mil millones de euros a construir el mayor acelerador de partículas del mundo para hallar la fórmula definitiva de la «realidad» —sobre todo entonces, no cabe duda, estamos haciendo metafísica.

Por eso, justamente porque el principal rasgo metafísico de nuestra época es negar que lo seamos, resulta tan propicio un libro que ostenta el hoy extraño título de *Leccio-*

nes de metafísica. No creo que me confunda demasiado si digo que desde la publicación de las de Ortega hace unos cincuenta años, no aparecía un libro que así se titulara —y por ello choca. Es cierto que todavía quedan facultades de filosofía, y, efectivamente, en la introducción se nos dice que estas *Lecciones de metafísica* —no puedo dejar de repetir el título, a fuer de simple, tan sabroso— son el fruto de largos años de docencia, una especie de «memoria» de dicha experiencia docente, y así un «recuento de problemas y de caminos para abordarlos», con su tensión, eso sí, *antimetafísica*.

Y es que el término «metafísica» puede emplearse en un sentido amplio —«el hombre es un animal metafísico»—, y en un sentido más particular —«la metafísica de Occidente»—; a la configuración de ésta está dedicada la primera parte de estas *Lecciones*. En un primer capítulo se nos explica qué sea metafísica y cómo viene a concretarse en la cuestión transcendental. *Lo transcendental* —la metafísica, digamos— hace referencia a los presupuestos básicos con que operamos y conocemos, se trata de una dimensión tácita, implícita; latente, podríamos decir, puesto que no sólo está oculta sino que además es eficaz, opera. Para que se me entienda: Platón, *grosso modo*, considera que la realidad cotidiana viene a ser apariencia, mientras que la verdad de dicha apariencia se halla en el mundo de las ideas; Aristóteles, por el contrario, pretenderá devolver a las cosas concretas su propia realidad inmanente. Dichos esquemas de interpretación de la realidad, operativos en nosotros aun cuando jamás nos los haya-

mos planteado ni propuesto, constituyen las condiciones transcendentales en que conocemos el mundo y actuamos en él, en que, en definitiva, *vivimos*. —Y está bastante claro que no es lo mismo partir del primero que del segundo. De ahí el interés —todavía y siempre: también la era digital tiene su metafísica, o mejor: es virulentamente metafísica— de indagar dichos presupuestos latentes. Como decía con expresión bellísima Kant en sus «reflexiones antropológicas», «el negocio de los filósofos [consiste en] analizar los juicios secretos de la razón común».

Los capítulos 2, 3 y 4, que completan la primera parte, exponen los elementos fundamentales del pensamiento metafísico de Aristóteles, Descartes y Kant, en quien la propia metafísica comienza ya a naufragar. Dicha primera parte trata, entonces, esencialmente del ser, de cómo se articula *el ser* hasta el siglo XVIII. La segunda parte, que expone el desmontaje de dicha metafísica en los dos últimos siglos, esto es, la «tensión antimetafísica», tratará principalmente de *la nada*. Si la metafísica tradicional se había sostenido en la oposición dualista de ser y nada, la crítica consistirá en la reintegración de ambos, en el descubrimiento de que bajo el nombre de «nada» había mucho de lo que una metafísica de la sustancia o de la presencia dejaba fuera, y que la nada no estaba tan vacía; más bien, constituía la potencia del ser. Los capítulos 6, 7 y 8 están dedicados respectivamente a Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger; el capítulo 5 propone una reflexión previa acerca de la nada y el nihilismo, término, como se sabrá, con que tanto Nietzsche como Heidegger diagnostican, bien que con sus diferencias de matiz, nuestra época.

El capítulo 5 es una muestra adecuada del hacer de la autora: su asunto lo componen una reflexiones previas acerca del nihi-

lismo y la nada, bien convenientes para dos temas a cada cual más singular y complejo para el lego en metafísica. «Nihilismo» es un rótulo que se suele aplicar no se sabe muy bien a qué, salvo que es a algo de nuestra época. La autora lo sitúa aquí entre fanatismo y decadencia y lo «contrapone» a progreso, al «mito del progreso». Indaga, por otro lado, la ambigüedad del propio término, relacionado con el pesimismo, mas no por ello necesariamente pesimista en el sentido de «derrotista»: Nietzsche acabará sugiriendo un nihilismo positivo o *activo* que sería la respuesta viva al reconocimiento de que este mundo no tiene sentido. Por último, rastrea sumariamente pero, como siempre, con pertinencia rigurosa y jugosa enjundia expositiva, los antecedentes del nihilismo en los griegos, la filosofía cristiana y el romanticismo.

A mí personalmente los capítulos que más me han gustado, probablemente por ser los autores los más cercanos y los que mejor conozco, son los últimos, dedicados a Nietzsche y a Heidegger. En el primero de ellos la autora desgana la evolución en el pensamiento nietzscheano de la noción de nihilismo, su relación con el cristianismo, más en el fondo, con la metafísica —de la cual entiende que el nihilismo puede liberarse—, y en definitiva con la decadencia, de la cual —concluye Nietzsche— es su «lógica». Asumida sin horror la nada de este mundo cabe la posibilidad del *nihilismo perfecto*, que es «el ideal de la suprema potencia del espíritu, de la vida más exuberante, en parte destructiva y en parte irónica», del *amor fati*.

El capítulo último comienza exponiendo un asunto tan básico, aunque a menudo olvidado, como es la recuperación de la *nada*, clave en el pensamiento de Heidegger. Que la nada no es nada, no es un simple juego de palabras, como cierto positivismo paleta-

se empeña aún en repetir. A algo remite, aunque no sea algo; y algo provoca, aunque no sepamos qué. En la desconstrucción o desmontaje de la filosofía de la conciencia que Heidegger casi sin pretenderlo practica, la nada comienza a ocupar su lugar hasta develarse hermana del ser. Se revisan aquí con un saber y una fruición extraordinarias los textos que al respecto son clave: *Ser y tiempo*, *¿Qué es metafísica?* (y su «prólogo» y «epílogo» posteriores) e *Introducción a la metafísica*. Se airea la lectura que Heidegger hace de Nietzsche, y acaba el libro con la revisión abreviada de lo que uno y otro entienden por nihilismo.

Somos seres metafísicos, pero eso no significa que tengamos que repetir eternamente la metafísica tradicional de Occidente: una y otra vez, en cada momento, se vuelve a plantear la pregunta acerca de cómo somos, ahora, eso sí, atentos a la vorágine de aconteceres e ignorancia, informaciones y deseos, impotencias, y también —en el fondo— aliento y calma que constituyen nuestras vidas. Para revelarnos el punto de partida, nuestro acervo metafísico, no hay libro como éste: *Lecciones de metafísica*, de Remedios Ávila.

Jaime Aspiunza Elguezabal

AMBROSE BIERCE: *La mirada cínica*. Madrid, Sequitur, 2010, 64 págs.

Ahora que se han puesto de moda los textos de 140 caracteres por la moda Twitter, los autores que han frecuentado los aforismos tienen una oportunidad de oro. Y entre ellos está Ambrose Bierce (1842-1914?), un hombre que vivió los años que llevaron a EEUU de la sociedad rural de los pioneros a la sociedad de las grandes urbes, las grandes fortunas, la prensa de masas y su democracia de opinión pública.

Bierce fue un testigo cualificado de estos cambios ya que nació en una aldea de Ohio, en un ambiente rural de aislamiento e insalubridad, donde la malaria era todavía habitual. Escapando de las vastas distancias de la América profunda, Bierce tuvo ocasión de conocer otras experiencias profundas de la vida. Como la guerra civil estadounidense, cuyos horrores le marcaron profundamente y bien podrían explicar la relación de amor/odio hacia el género humano que se desprende de su obra.

Tuvo ocasión también de contemplar el nacimiento de las grandes urbes que marcarían la sociedad de su país y por extensión del mundo entero del nuevo siglo. En ellas tuvo ocasión de vivir otra singular aventura, esta vez de papel y tinta (supuestamente negra, pero con el tiempo más conocida como *amarilla*): la de los periódicos de masas que inauguraban también un nuevo tiempo. Una prensa que también reflejaría las ambivalencias de la vida humana: denunciando en sus páginas los casos de corrupción de los emergentes núcleos urbanos y contribuyendo así al movimiento reformista que daría forma al progresismo de aquellos años; pero también atrayendo a sus lectores populares con toda clase de relatos terribles de crímenes o con grandes campañas manipuladoras como la que llevaría a la *splendid little war* en la que España, eje del mal por entonces, sería impudicamente derrotada.